

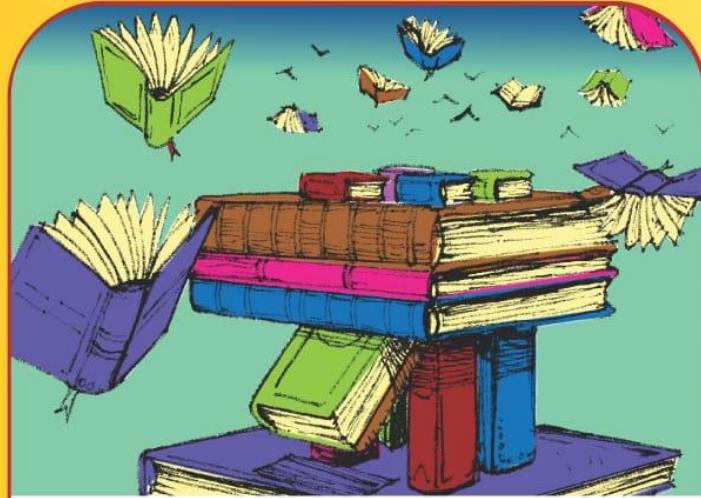
Concurso de Relatos Breves de la Biblioteca Rivadavia 2023



*Vení, contate un cuento...
Le damos un premio a tu
creatividad y tu imaginación...*

Primer concurso de relatos breves de la Biblioteca Pública Rivadavia

“La Biblioteca es puro cuento”



**¡Tenés tiempo de enviarnos tu obra
hasta el 9 de septiembre!**

Premios geniales en órdenes de compras

1º premio: \$50.000 en libros de Tienda Literaria

2º premio: \$30.000 en libros de Lecturas

3º premio: \$20.000 en libros de Proyecta Imaginación

Bases e informes en:



<https://form.jotform.com/231694607015051>

Auspician



BIBLIOTECA PÚBLICA RIVADAVIA - 120 AÑOS ESTIMULANDO LA IMAGINACIÓN

Orientado al tema de las bibliotecas, los libros, la escritura y la función del escritor, la primera edición del Concurso recibió 25 obras.

El Jurado estuvo integrado por el profesor Guillermo Ruiz (director de Cultura de Trenque Lauquen), la narradora Agustina Iparraguirre y la profesora de Prácticas del Lenguaje y docente de talleres de escritura creativa Dolores Sansot.

Obras premiadas:

Primer Premio: “El cuento perfecto” de Germán Cifre (Seud.: Artemio X) (Trenque Lauquen, Buenos Aires, Arg.)

Segundo Premio: “El refugio” de Diego F. Tiseira (Seud.: Carmen Parra) (Trenque Lauquen, Buenos Aires, Arg.)

Tercer Premio: “Sábanas de papel” de Luciana González (Seud.: Sequito) (Treinta de Agosto, Buenos Aires, Arg.)

Mención especial: “Vergonzoso secreto” de Griselda Analía Fracchia (Seud.: Albatros) (Trenque Lauquen, Buenos Aires, Arg.)

PRIMER PREMIO: El cuento perfecto

Rotundo fracaso en ciernes, así tituló mi cuento.

—Igual, por algo se empieza —le guiñó un ojo a Laurita—: principiantes fuimos todos.

—Yo no soy un principiante.

—Solo digo que...

—No lo soy, sépalo bien.

De eso estaba muy seguro. Tan solo escribía mal, escribía a lo criollo, eso mismo hacía a mi estilo.

A Laurita le gustaba.

—Mire —señaló el texto—, lea qué puso acá.

Lo leí tartamudeando. Tropecé un poco al principio, pero pronto pesqué el tono. Laurita escuchaba atenta con la palma en la mejilla. Fue entonces que aceleré el ritmo, ya casi lo estaba logrando, la prosa danzaba implacable, bajábamos en tobogán.

—Ya está —interrumpió el tipo—, ya he escuchado suficiente.

—Pero...

Su mano quedó extendida mostrando los cinco dedos. Su otra mano sostuvo la pera.

—¿Qué le pasa? —pregunté— Lo gracioso está adelante, aguante que sigo leyendo.

—¡Suficiente! ¿No entendió? No sirve para la poesía, y menos aún para el cuento.

—¿Qué tienen de malo mis cuentos?

—No hay adjetivos, no hay descripciones. Admítalo de una vez, ni siquiera llevan título.

—Es que eso aburre

—¿Aburre?

—Aburre, ya sabe... lo esencial está en los diálogos.

La carpeta voló por el aire hasta impactar contra la pared; Laurita abrió grande los ojos. Enseguida se agachó y se puso a juntar las hojas.

—Señor Marcheti —me puse de pie, eché mano a la bufanda—, es usted un carcamán, me cago en su literatura.

Me hubiese puesto el sombrero, pero esa vez no traía.

—¡Salga de acá! —me gritó— ¡Jamás le publicaremos un solo verso de su autoría!

—No diga, vaya presagio. Pues ya veremos cuando gane mi primer concurso de cuentos.

Le hubiese dicho que su revista era un manojo de fotocopias, que si fui con mis poemas fue por pura tentativa, para ver si publicaban poetas de pluma filosa, poetas que escriben en serio. Le hubiese dicho que su trabajo resulta un purgante de cerebros, que sus rimas provocan náusea, lo mío era mucho mejor, pero a empujones llegó el portazo negándome cualquier descargo.

—Vámonos —dije a Laurita—, demos paz a este cagatintas.

—¡Váyase —gritó desde adentro—, y no vuelva con su basura!

Marcheti era un viejo envidioso, se espantaba con mi sombra. ¿Quién no conoce la técnica de la lupa y el bostezo? Cualquiera podría lograrlo, demostrarlo sería sencillo.

—¡Seré yo quien se convierta en el próximo Jorge Luis Sábato!

Laurita levantó un dedo.

—Ahora no —le reprendí—, ya hemos dicho suficiente.

Salimos juntos calle arriba contra el viento del invierno, el frío de la intemperie: la impotencia del rechazo hacia mis cuentos explosivos.

Ganaría aquel concurso. Con Marcheti o sin su ayuda. Yo también sería escritor, podía escribir un buen cuento. Ganaría aquel concurso y Marcheti caería de culo.

—Ni que fuera tan difícil.

Laurita asintió pensativa ante mis hondas reflexiones. Estuvo así por largos segundos. Pero después sonrió, se lo dije y sonrió:

—Hoy mismo comenzaremos la búsqueda del cuento perfecto.

Llegamos a la biblioteca cargados con lo necesario. Inventariaba mi Laurita apuntando con el dedo: dos termos llenos de café, dos reposeras plegables, un cuadernillo de apuntes, algún bocadillo ligero, un cenicero limpio, un cable, un velador...

—No pueden entrar con eso —nos detuvo una anciana en la puerta.

—Soy escritor, hágase a un lado.

—Esto es una biblioteca —se interpuso la guardiana—, no se puede entrar comida. ¿Para qué traen esas cosas?

—Venimos a documentarnos.

Laurita lo confirmó exhibiendo el cuadernillo.

—Voy a ser el ganador del concurso literario.

La señora se puso los lentes, se quedó estudiando mi cara.

—No pueden entrar con eso —volvió a decir, y luego retornó a las sombras de aquel amplio sepulcro de libros.

—Ya la escuchaste, Laurita. Tendremos que hacernos al hecho: la tarea de escritor requiere de sacrificios.

Laurita juntó las cosas y partió con diligencia. La vi perderse tras la esquina cargada de todo lastre. Arrastraba el velador como si fuera mascota.

—¡No te demores! —grité.

No teníamos mucho tiempo.

Solo un día antes del cierre del concurso consagratorio.

—Deme libros de Marchetti —así exigí a la señora.

Al rato aparecería con decenas de ejemplares.

—Esto es todo lo que hay.

Allí tenía ante mí una decena de libros gordos y algunos viejos pasquines. Lomos de todos colores, tapas duras, tapas blandas, la insolente producción de un escritor con dinero.

La anciana resopló oculta tras la pila de ediciones.

—Espléndida colección —tuve que reconocer—. Ahora lea, por favor. Comience por el más breve.

Pero ella no escuchaba, jamás nos entenderíamos. Vieja, sorda y ratonil fue a ubicarse tras su escritorio.

Pobre anciana, medité. Ahí quedaría tejiendo, consumiendo su soledad de anciana bibliotecaria, marchitándose entre libros que ya nadie consultaba.

—¿Qué mira? —dijo de pronto.

—Estoy narrando mentalmente, eso hacemos los escritores.

—¿De qué habla?

—Nada, nada; déjelo así.

Enseguida retomé mi propósito de oro: estaba allí para documentarme, para aprenderme aquellos trucos que hacen al cuento perfecto. “¡Piuavanti, noble escritor!”

Abrí un libro de Marchetti y me lancé sobre los párrafos.

¡Por Dios, qué bellas palabras!

Eran palabras cantarinas, en desuso, ornamentales. Una imagen cotidiana sobrevolada por mil barroquismos, aves de paraíso desbandadas en el cielo de aquellos lugares comunes donde siempre hay que volver. Yo podía escribir así, claro que podía hacerlo.

Marchetti, viejo tramposos. Adjetivos, descripciones, ahí estaba el preciado secreto.

Al cabo de unos minutos mi cabeza cayó sobre el libro.

—¡Acá no se viene a dormir! —gritó en mi oreja la anciana.

Violaba el primer mandato:

—Acá tampoco se grita —le dije haciéndola a un lado.

—Vaya a dormir a su casa.

—No puedo, soy escritor. Estoy a punto de consagrarme.

—¿Qué dice?

—Pronto me convertiré en un Juan José Mujica.

—¿Quién?

—Mujica Láinez, ya sabe.

La mujer levantó el dedo, hueso flaco y uña de bruja, pero yo le leí el pensamiento:

—Sí, el autor del Martín Fierro —y enseguida señalé a la entrada—. ¡Pero mire nomás, justo ha llegado mi musa!

Laurita venía sonriendo. Yo también le sonreí. Llegó hasta mi mesa sonriendo. Así estaríamos un rato, nos gustaba sonreírnos. Nos tomamos de las manos y nos quedamos así, sonriendo y mirando a los ojos.

—Ya nadie viene a leer —dijo ofuscada la bibliotecaria, y así fue a ocupar su sitio rengueando sus huesos gastados.

Ahí su lana, sus agujas, su recelo de guardiana, de anciana bibliotecaria hecha a la sombra del viejo refugio. Era un ave desplumada. Era un búho desconfiado que exigía narración:

—¿Qué mira?

—Nada.

—Ya veo...

Murmuraba por lo bajo desde atrás del escritorio.

Laurita leía despacio, yo tomaba mis apuntes.

—A este paso no llegamos, se requiere de muchas palabras. ¿Cómo haré luego para combinarlas hasta dar con el cuento perfecto?

Ella me consoló palmeando mi hombro caído.

—Son poderosas las descripciones —debía admitirlo—, es difícil someterse al estilo de los buenos. Adormecen como el opio, voltean a cualquier cristiano.

No pude más que asumir lo cierto:

—Escribir es más difícil que cagar en un frasquito.

Laurita asintió comprensiva: me vio intentarlo una vez. Por eso palmeó mi otro hombro.

Pero no me rendiría, yo también sería escritor.

—Ya lo tengo —dije entonces—, ya sé lo que vamos a hacer. ¡Señora, un diccionario! ¡El más grande que haiga acá adentro!

—Que haya, se dice —graznó.

—Como sea, traiga cualquiera.

Laurita escuchó mi plan y puso barbas en remojo. Tarea: reunir adjetivos y verbos de toda laya, de esos que hay que descifrar con filólogos y videntes. Solo habría que combinarlos en dos o tres descripciones, quizá pudiera lograrlo, no parecía difícil.

—Después queda echar remate y a otra cosa mariposa: hete aquí el cuento perfecto. ¡Yo también podría ser un Eduardo Benedetti!

Bajé el dedo de Laurita:

—No es momento, a trabajar. Yo en tanto me ocuparé de hacer descansar el cerebro.

Mientras Laurita inventariaba su lista de bellos vocablos, yo abrí un libro de Marchetti y apliqué otra buena dosis.

Era potente el somnífero, ahí tenía a un buen escritor.

Fue apenas entrado al prólogo cuando caí sobre la obra maestra.

Antes de enviarlo a concurso lo leí para Laurita.

“Arreboles incanflúbilos se recortaban en cielo gimiestre. Lejanos y astrales puntos titilaban pergamenes preanunciando la llegada de la atroz noche geliática, noche oscura y silenciosa cual sombra plenifragrante...”

Laurita aplaudía contenta. Pero al rato perdió entusiasmo, cabeceaba, se dormía.

—Ahora se viene lo bueno.

Me salteé unas cuantas páginas y fui directo a la descripción, la segunda de mi cuento.

Laurita levantó el brazo con pesada languidez.

—¡No te duermas, resistí! Voy al remate directo.

“Se miraron, lo supieron, y ambos bajaron la guardia. Ninguno sabía quién era Don Pánfilo Sánchez Osorio”.

Laurita alzaba los párpados. Sonreía con esfuerzo.

—Vamos, no cierres los ojos —le sacudí un poco los hombros—. Llevemos esta maravilla a triunfar entre los entendidos.

Le ayudé a estirar los brazos, ella refregó su cara. Luego quedó sonriendo. Yo también hice lo mismo. Ambos quedamos así, sonriendo ante el glorioso hallazgo.

Teníamos en nuestras manos la bomba del cuento perfecto.

Fueron días interminables los que esperé hasta la premiación. Ganaría ese concurso, me ocupé de que todos se enteren. Se lo volví a decir a Laurita el mismo día del anuncio:

—Pronto pasaré a la historia, seré el próximo Manuel de Cervantes.

Laurita iba a abrir la boca.

—Silencio —le interrumpí—, ahí está por empezar.

Se oyeron algunos aplausos, todos tomamos asiento y un pelado apareció bajo la luz del escenario. Brillaba redonda su gracia. Carraspeó, probó el micrófono.

“Sean todos bienvenidos, gracias a todos” y así.

Teníamos para un buen rato.

—Esto no termina más —dijo un tipo a mi costado. Laurita le dio la razón.

—Y ahora —el anuncio estaba cerca, el pelado abría los brazos— recibamos la presencia del jurado de selección.

Pegué un respingo en el asiento cuando vi aparecer a Marchetti. Ahí estaba el carcamán, recibiendo los aplausos, mis propias palmas ansiosas alimentando su narcisismo. Ante nosotros la autoridad, la pretendida pose del genio.

—Mejor así —me resigné—, qué me importa el cagatintas. Marchetti reconocerá que al fin aprendí a escribir.

Laurita asintió confiada.

—¿Quién ganó? —preguntó uno.

—¡Silencio! —dijeron atrás.

—No se escucha —dijo otro.

—¡A callar —les ordené—, va a decir el ganador!

Marchetti mostró un sobre y todos quedamos mirando. El dictamen fue pasmoso:

—Ganó Laurita —Marchetti—, con su cuento “*Plenilunio*”.

Los aplausos y los flashes rodearon nuestras butacas. Ella sonrió para todos, corriendo subió al escenario.

Desde allí, junto al micrófono, se alzaba con la medalla.

—Puta madre —dijo uno.

—Todo al pedo —agregué yo.

Otros cuantos, más allá, rompían furiosamente sus carpetas anilladas. Vi algunos armando una hoguera, dando mecha a sus producciones.

—Yo no concurso más —largó una anciana con cara de momia—, esto es una lotería.

—¡Ya basta! —me calenté.

No pude evitar sublevarme, no hay peor infierno que la injusticia.

Me levanté de mi butaca como un resorte estirado, al fin y al cabo era eso. Tropecé hacia los pasillos madurando la certeza: quizá eso fuera escribir, fracasar y seguir intentando. Todo el mundo se cree bueno cuando lee su propia letra. Luego están los que persisten. Persistir, esa es la clave...

“Persistir hasta que haiga triunfo”.

—No vengo más.

—Es injusto.

—¡A callar, los fracasados!

Corré a empujones a los resentidos que bloqueaban mi salida. Odiaba pertenecer yo también a la vieja estirpe de principiantes, a la casta de frustrados que rompían sus carpetas. ¿Llegaría alguna vez mi laurel consagratorio? ¿Cuándo el premio de un certamen, mis versos en una revista?

Giré sobre mis talones y alcé el puño hacia el tablado. Algo fue que iba a gritar, no sé bien qué pretendía, tan solo quedé observando las llamas que iban creciendo, la hoguera liberadora alumbrando el tumulto iracundo.

—Puta madre —lamenté.

Había olvidado en mi casa la odiosa carpeta anillada.

(Seud.: Artemio X)

SEGUNDO PREMIO: El refugio

La última reunión del Club de las lombrices fue la mejor de todas. Por primera vez la frase elegida tuvo aprobación total y no hubo peleas ni fueron necesarias las votaciones. Cuando Cynthia la escribió en el cuaderno hubo aplausos y el Peque se paró arriba del cajoncito y dijo que todo fue gracias a los brócolis, agarró uno, se lo puso de micrófono y cantó un tema de María Elena Walsh con ritmo de rocanrol.

Se nos pasó la noche volando. Hubo tiempo para jugar al diccionario, hacer malabares con naranjas y planificar detalladamente la acción. Cynthia era la encargada de anotar el plan con lapisera roja en el papel de la máquina registradora. Teníamos un grupo de Wathsapp para coordinar algunas cosas, pero lo importante quedaba en papel. Al final de la reunión, nos entregaba el plan en un tubito finito, atado con barba de choclo. El souvenir, lo llamaba.

Cuando la claridad de la mañana se metió en la verdulería, Gardelito nos dijo que nos vayamos porque su papá iba a llegar en cualquier momento. Al despedirnos, Lucila dijo que entonces hoy ya era mañana y largamos la carcajada. Salimos por la vereda a los gritos, peleando por los días y por el sol y por Lucila que seguía explicando su teoría.

—Lo que digo es que hoy es el día... considero... muchas gracias.

Hizo una reverencia de saludo teatral y dobló para el lado de la vía. Hubo carcajadas y más aplausos y más canciones mientras Lucila se hacía cada vez más chiquita atravesando la ciudad para la parte de tierra.

Los días de acción eran los martes. Todo había sido pensado y discutido. Se votó mi propuesta: descartados los fines de semana, yo insistía en que los lunes podían ser una trampa. El lunes representaba una obviedad, todo el mundo reniega del comienzo de la semana, es como un No que de tan rotundo se vuelve sospechoso. Y mucha alternativa no quedaba, los jueves ya tienen puesto el vestido del fin de semana y los miércoles son el cuchillo de los días. Es el martes, dije y no hubo discusión para el día de la acción.

En la planificación anotábamos los riesgos, que siempre tenían que ver con cámaras de vigilancia, policía, inspectores de tránsito y personas sin sueño. Pero lo que pasó nunca había sido imaginado.

Dos días después en el Club seguíamos festejando la victoria de la acción, aunque la euforia se apagó el jueves a la mañana cuando Cynthia escribió al grupo de Wathsapp que sorpresivamente tenía otro nombre. Ya no era “El Club de las lombrices”, se llamaba “Frutas y verduras para el pueblo” y tenía los emojis de una berenjena y un gusanito, éste último era un guiño que nos llevó a pensar que no se había disuelto nuestro espacio de juego y acción.

Se pudrieron las verduras, se pudrió todo. Necesitamos papel de diario para el enchastre. Ese fue el mensaje que inauguró el nuevo grupo. Lucila fue la primera en entender algo. Hablaba de mandarinas, de lechugas, y del enchastre.

Ya tengo los papeles, el enchastre es grande.

Me daba vergüenza preguntar algo, estudié cada una de las frases y me detuve en la primera. Me subió calor por el pecho y me sentí mareado. Fui hasta el kiosco y compré el diario y un paquete de Don Satur.

—En media hora se agota... se ha perdido todo respeto, seguro son menores.

Me había propuesto no mirar el diario adentro del kiosco, lo llevaría enrollado para sentir en la mano la tibieza del papel y convencerme en el camino a mi casa que la tapa iba a tener las mismas caras que salen todos los días.

Tiré el diario en la mesa de la cocina y preparé el mate. Por suerte cayó del lado de la contratapa. Miré el chiste, leí el horóscopo que me alertaba de los obstáculos que podían ser las personas cercanas para el progreso que buscaba y me detuve en una nota: el título era “Soy un caballo” y la imagen mostraba a un perrito corriendo entre caballos de polo, en medio de un partido. Me pareció simpática, sonréí y pensé que esa noticia tendría que ser el título de tapa.

Antes de dar vuelta el diario, quise respirar hondo pero me salió un suspiro entrecortado por los nervios. Me cebé un mate para que el impacto no fuera tan frío y leí nítida y hermosa la frase que esa noche había brotado entre las verduras: *Despiadado sol*, con el trazo inconfundible de la mano de Lucila. Arriba de la foto, el título con letras enormes decía “Despiadada juventud: Vandalizaron la Municipalidad”.

Corté la hoja de la portada y la guardé en la mochila. Pensé que algún día, cuando El Club tuviera su sótano propio, se podría exhibir nuestra mejor acción en un cuadrito. Pero no era momento de pensar en eso porque no teníamos ni la seguridad de que el Club pudiera continuar.

Abrí el Wathsapp para saber qué pasos íbamos a dar y la sensación de mareo me volvió al leer los primeros mensajes. El código se había incorporado con rapidez y ya no hacía falta leer tantas veces las frases para saber de qué se hablaba.

La radio hablando de las lombrices.

Hay que tirar la evidencia de las frutas podridas.

Todo el pueblo busca brócolis.

Hoy a las 10 llega el camión, hay que trabajar.

El último mensaje de Gardelito, me tranquilizó. Que nos volvamos a juntar era una buena señal.

La reunión empezó un ratito antes de lo acordado. El grupo era una mezcla de emociones, había ansiedad, angustia y un poco de euforia. El Peque sacó de la mochila un vino y el diario, y Chyntia le sacó la botella y la puso del otro lado del mostrador y con el diario hizo una pelota de papel que tiró a la basura.

—Basta de pavadas, vinimos a decidir el futuro del Club. Estamos hasta las manos, en el pueblo no se habla de otra cosa, votemos qué vamos a hacer.

La charla fue corta. No había alternativa. Era arriesgado seguir con el Club, si nos descubrían estábamos muertos. Empezamos a darle forma a un acta que decía que quedaban suspendidas tanto las reuniones como las acciones del Club de las lombrices para preservar la integridad de sus participantes.

Después de firmarlo se hizo un silencio rotundo. No sabíamos qué hacer. ¿No nos íbamos a ver más?, ¿fin de todo?

Lucila, que había estado mucho más callada que de costumbre, preguntó si se podía agregar una cláusula al acta. Y cuando detalló el nuevo artículo la miré con un amor que no pude disimular.

Se fija un plazo de diez (10) días para evaluar posible convocatoria a una nueva reunión del Club, solo si pasado ese tiempo no se han producido inconvenientes sobre los últimos acontecimientos.

Hubo aplausos. Chyntia le dijo al Peque que abriera el vino. El Club podía seguir por un tiempo más. Brindamos y nos fuimos temprano, no nos podíamos regalar.

Por esos días hicimos lo que Gardelito nombró como Observatorio de Medios. Cada integrante del Club tenía asignada su tarea de seguimiento y llegado el caso lo compartía en el grupo de Wathsapp con clave verdulera. La foto del despiadado sol salió en todos lados, pero a los pocos días fue perdiendo fuerza la noticia. Cuando dejó de salir en los medios comenzó una campaña por redes sociales con una foto renovada, que había sido sacada a la mañana temprano. Con las paredes naranjas por los primeros rayos de la mañana, nuestro sol negro amanecía hermoso en el pueblo.

La foto circulaba en las redes con un texto que decía: SI VISTE ALGO, AVISÁ Y SI NO VISTE AYUDANOS CON PUNTITOS.

Ni lo pensamos, cuando vimos la publicación ayudamos con puntitos y unos días después hasta nos dimos el lujo de compartir la foto. Ya empezaba a haber confianza y un poco de alegría. Un día antes del plazo estipulado Gardelito escribió en el grupo:

Parece que mañana llega ese camión, a trabajar!!!

Respondimos con manitos y emojis de verdura.

La reunión del reencuentro fue hasta que salió el sol. Antes de trabajar en la frase llegamos al acuerdo irremediable: sería la última acción y el Club dejaría de funcionar. Esta vez iba en serio, ninguna cláusula iba a impedir el final. Habíamos ganado, pero había sido una victoria demasiado pesada.

Para la última acción tomamos más recaudos que en las anteriores, la tapa del diario nos había hecho revisar la hoja de los riesgos y agregamos varios renglones.

Después, hicimos un cadáver exquisito con búsqueda del tesoro incluida en los cajones de las verduras. Como había ocurrido siempre, la frase iluminó nuestra sede y no hubo duda que era la elegida cuando empezamos a aplaudir y después cantamos el himno de las lombrices, una canción de Antonio Tormo con letra cambiada que aparecía en los momentos de euforia. Nos íbamos a despedir como debíamos, no había mejor frase para el momento único y definitivo del Club. Cynthia practicó el trazo en un papel y escribió *Poecía y barullo*, se puso las manos en la cintura y nos miró sonriendo.

Aplaudimos.

—¿Pero no era Poesía con S la frase que votamos?— preguntó Gardelito.

—Hola, señor RAE, cómo le va, bienvenido al Club de las lombrices —lo fulminó Cynthia.

Había que decidir el día de la última acción y Lucila hizo la pregunta que nos alborotó.

—¿Tienen algo que hacer ahora?

Escribimos y repasamos el plan de principio a fin y salimos a la calle sin importar que no sea martes. Cronometramos la acción: Gardelito en la esquina de la Quiniela; Lucila y Peque en el bar de Fuentes; Cynthia en el punto rojo de la acción, el paredón de la parte de atrás del Centro Cívico; y yo cerquita, en el banquito de la casa de Isabel.

Cuando Cynthia estaba terminando la acción escuché la voz de un hombre que venía como desde arriba, hablaba por teléfono, *los que salieron en el diario*, repetía y dio la dirección. Fui hasta donde estaba Cynthia y no hizo falta decirle nada. Salimos corriendo y al ver la luz que venía desde el lado de la Quiniela ella se trepó al tapial de la casa de Donati y saltó para el otro lado. Yo la seguí. Para esto, en nuestros bolsillos vibraban los teléfonos que no revisamos a tiempo y que nos alertaban de lo que ya estaba pasando.

En el patio de Donati no había alternativa, o nos escondíamos o nos metíamos a la Biblioteca. Ya lo habíamos hecho una vez, el edificio tiene un ventiluz en la parte de arriba, en el archivo, por donde se puede pasar fácilmente. Cynthia ni lo dudó, trepó por la araucaria y en pocos movimientos se pudo meter. Yo la seguí.

Desde arriba teníamos una vista perfecta para ver lo que pasaba en los alrededores del paredón. Había un grupo de personas con linternas que hablaban a los gritos. Nos preocupamos por Gardelito, Lucila y el Peque. Abajo, *Poecía y Barullo* era fotografiada por las personas de las linternas.

Cynthia me propuso adivinar cuál sería el título del diario y por un momento dejaron de temblarme las piernas. Abajo la cosa estaba más tranquila, un rato después de las fotos no quedó nadie.

Cynthia no salía del ventiluz. Me prendí un puchó y caminé por el archivo de la Biblioteca. Me senté a revisar una colección de diarios del año sesenta y pico. Le leía los titulares a Cynthia con voz de locutor de radio.

—Vienen.

Me interrumpió el informativo y me quedé helado, a la espera de lo peor. Cynthia se alejó del ventiluz y pude ver la capucha violeta de Lucila que se metía a nuestro refugio.

Al ratito el Club de las lombrices en pleno reflexionaba sobre la última acción en un una oficina de lujo.

Cuando debatíamos sobre los pasos a seguir escuchamos ruidos que venían desde abajo. Gardelito se asomó a ver y relataba lo que veía: cortaron la calle y pusieron una cinta de peligro entre la fila de árboles y el paredón. Siete inspectores de tránsito y dos policías.

Nos tendríamos que quedar en la Biblioteca más de lo previsto.

—Este lugar necesita una buena mano de pintura, ¿no les parece?

Lucila nos miró sonriendo y sacó de la mochila los aerosoles. Dudamos, pero qué otra cosa podíamos hacer que mantener viva la identidad del Club, justo cuando se acababa de concretar la acción definitiva.

—Espero que nos lleven puchos por lo menos.

El Peque hacía chistes pero tenía miedo. Yo también. Descolgamos los cuadros: el más grande era del Centro de Escritores del pueblo, una foto vieja de un grupo grande de gente arriba del escenario de la Biblioteca. Lucila agarró uno de Osvaldo Bayer y decía que se lo iba a llevar porque era su abuelo.

Antes de que saliera el sol, las paredes del archivo estaban llenas de tentáculos, de ojos de Pizarnik, de cronomios de Cortázar, de las imágenes que fueron apareciendo durante el juego. Era una pena que el Club se disolviera, habíamos encontrado el mejor lugar del mundo para seguir jugando para siempre.

La euforia duró poco. Ya de día, nos convencimos de que nos teníamos que entregar. A las dos de la tarde la Biblioteca abría y ya no había forma de escapar. Se hizo largo. Leímos los diarios, dormimos un poco, acomodamos un estante desvencijado.

Un rato antes de las dos de la tarde, abajo estaba la prensa con las

autoridades de la Biblioteca. Gardelito preguntó qué íbamos a hacer y Lucila le respondió que estábamos en el mejor lugar para morir.

Esperamos. Escuchamos los pasos que subían por la escalera. Vimos asomarse la cara de Amelita, que recorrió el archivo mientras fotografiaba las paredes.

—Todo el pueblo se va a enterar de esto.

Amelita bajó las escaleras y las volvió a subir, acompañada por los periodistas que filmaban y sacaban fotos.

—¿Ya radicaron la denuncia?

Amelita nos miró y se acercó a los micrófonos.

—En el marco de un nuevo aniversario de nuestra querida Biblioteca decidimos realizar una intervención artística, fiel a la historia de una institución que décadas atrás fue refugio de expresiones como el baile, el teatro y la pintura. Agradecemos a este grupo de jóvenes que le dejaron su arte a las paredes de este salón.

Nos aplaudieron, nos saludaron. Nos fuimos. Caminamos unas cuadras sin hablar. Lucila dijo que si el Club siguiera tendríamos que sumar a Amelita. A la noche nos juntamos para hacerle un agradecimiento a la Biblioteca.

Yo redacté la carta. La leí. Hubo acuerdo.

—Está perfecta, pero no parece un saludo propio del Club, ¿verdad?

Lucila recorrió la ronda con una mirada filosa y una risa contenida. Cynthia fue a buscar papel y lapicera roja.

La frase, seguro, aparecería de un momento a otro entre los brócolis.

(Seud.: Carmen Parra)

TERCER PREMIO: Sábanas de papel

Intenté encontrarlo en cada húmeda y desaliñada hoja, pero fracasé en el naufragio, privada de avistar la costa. Famélica, devoré en tiempos inhóspitos, cientos de libros de escaso interés, fallando sin reparo una y otra vez. Lo busqué, en los personajes que rompían esquemas y desafiaban su propio destino, también en los que eran capaces de estrellar su aliento para conquistar quimeras, exenta de toparme con vestigios de su presencia. De igual modo, probé con aquellos que se descubrían en la frontera de la historia y poco pisaban la trama principal. Tal vez, no lo aseguro, escuché que el camino lo trazan verdaderamente quienes marchan por la sombra, evitando hacer demasiado bullicio.

Taciturna la hora en que creí oírlo a través de cálidas frases, señaladas con marcadores invisibles, disipados por su uso. Me permití examinar, siempre bajo mis propias reglas. No logrando conquistar los talones de la victoria, jugar con los títulos de las obras de Cortázar se hizo costumbre. Sin embargo, los indicios sobraban en Bestiario, tarareando su nombre línea tras línea. Recuerdo una inmensa euforia acompañada de lamentos, cuando confesaba creer las historias que yo misma fundaba. Mi gente, había ocupado el puesto consciente de meter las miserias bajo la alfombra, mientras me evaporaba con fantasmas. Y así, todo seguía aconteciendo sin él. Visité, por más de diez años, todos los sitios mencionados en la agenda de cuero, que había dejado sobre la mesa del esquinero una semana antes de esfumarse. Hambrienta, esperé respuestas. Imploré. Sollocé. Vacilé. Continué. Eso mismo ocurrió varias veces, en diferente orden.

Otra derrota significativa fue correr, cegada por los impulsos, hacia el cine barrial. Fiel resultado del boleto encontrado marchito, entre Las rimas y leyendas de Bécquer. Llegué, eché un vistazo anhelando atraparlo por sorpresa, mirando las películas ochenteras que lo seducían más que yo, pero fue en vano. Bajé mi cabeza, abatida, a excepción de poder pensar con claridad entre el entretejido de señales que se abrían en los escritos que me escoltaban con permiso.

El bendito pasaje de autobús, descubierto entre apuntes de Galeano, permitió esa madrugada del viernes, que volviera a hacer, esta vez de forma muy poco

singular, el viaje a Pilar en el que el aire conspiraba presagios y yo lo sabía. Los augurios fueron constantes, cuanto más nos abrazó la lluvia. Cómo dejar entre renglones aquel reencuentro en años de primavera. Me pregunto: ¿quién sería capaz de borrar la parte de su vida, donde fue tan placentero habitar? Atraparlo era mi desvelo, buscar el espacio y la ocasión perfecta, un lúgido desafío. Las lecturas insignificantes para cualquiera, eran en mí el viaje mejor dotado de pasividad, cargado entrelíneas de mensajes herméticos. Como sucedía con las imperfecciones amarillentas que se generaban en algunas páginas, ahí percibía mapas delimitados y precisos adonde indagar. Ahora bien, conociéndome, apruebo sin costo alguno, que tire la primera piedra, quien sea capaz de ponerse el traje de juez y sentencie sin preámbulos, a la locura huérfana de amor. Manchas de café, en la página cincuenta y seis, perpetuaron en mente y alma, la disputa que tuvimos como consecuencia de que él siempre esquivaba, de forma natural, hablar de temas incómodos. Eso enardecía cada una de mis partículas, no habiendo firmado derechos de propiedad sobre los individuos que hacían nido en mí existencia. Las estaciones pasaron, pero no llegaron con sus manos vacías. Intuí, más bien lo entendí, muchos pesares duelen menos cuando no se les pone nombre.

Mentiría si digo que dejé por revisar alguno de los tréboles que había cosechado desde los siete años o cierto billete que pedía auxilio, estampado durante décadas en trilogías baratas. Tampoco hallé su aroma en los brotes florales que clamaban gélidas memorias, descansando en finas sábanas de papel. Podría hacer un eterno inventario de búsqueda con los pases a conciertos añejos y las notas de puño y letra, de algunos aún hoy queridos. Terminando el undécimo vaso de agua de otro inerte día, observé que ya no quedaba un lugar más para desenterrar despedidas y quitar polvo. Aquello fue crucialmente alentador para negociar una tregua con mis propias sombras y tinieblas. Pude reunir cada trozo minúsculo, arrojado todo este tiempo. No accedo a que pregunten en qué bolsillo de mi disfraz guardé fuerzas para hacerlo. Declaro no advertir sobre mí costado derecho, tirados, yaciendo sobre el reluciente piso de mármol, vidas acompañadas de una ínfima melodía desconsolada. Engañaría si expongo no reconocer cada

particular rostro.

Luego volteé para mirar la esquina donde la luz se disipaba sin parpadear. Solo por un segundo, juro que fue solo eso, pude verlo ya cansado de esperarme, pero sonriendo, como sabiendo desde el umbral que no iba a parar hasta lograrlo.

Aliviada con su mirada, grabada ya en la piel de mí memoria, desplomé los restos de mí cuerpo, junto a la parva de papel de seda rosado.

(Seud.: Sequito)

MENCIÓN ESPECIAL: Vergonzoso secreto

Puntualmente a las 17,20 hs de todos los viernes llega Daniel a la biblioteca del pueblo; si la bibliotecaria supiera lo que oculta se moriría de vergüenza.

Aferrado amorosamente a su mano callosa por su trabajo va su hijito, un pequeño de ojos vivaces y curiosos.

El niño tiene tres años y una particular predilección por los libros.

Después de mirar varios retiran uno y se van sonriéndose entre sí, cómplices del momento anterior a disfrutar la historia.

Y como todos los viernes el ritual impuesto por la costumbre se cumple paso a paso.

Daniel compra una leche chocolatada en el kiosco situado en la esquina de la biblioteca, llegan a la plaza, se sientan en el mismo banco todas las veces, ese que está debajo de un árbol de permanentes hojas verdes, que los protege del sol y del viento.

Pegadito a su papá el niño toma rápido su leche chocolatada y su respiración se agita de emoción anticipada.

¿Qué historia narrará el cuento esta vez?

¿Será la de aquel gato que vestía con botas, sombrero y llevaba espada?

¿La de la bella princesa de pelo negro y tez blanca, que cantaba y bailaba con enanos que llevaban gorros largos, cuya punta caía sobre sus nucas?

¿O será aquel cuento de la niña que llevaba un abrigo rojo y hablaba con un lobo en el bosque?

Daniel abre el libro y el cuento empieza a vivir en su voz.

Tiene una expresividad innata para contar y el niño extasiado, escucha en silencio a su padre y su imaginación corre, vuela, salta al compás del relato.

Al terminar, Daniel, suavemente, casi como una caricia, cierra la tapa de libro, porque para él los libros son joyas que hay que cuidar, por eso su hijo siente tanta predilección por los mismos, lo ha heredado de su padre.

Un padre que llegó a ese pueblo buscando trabajo y desde entonces es el parquero de la plaza.

Una plaza bastante descuidada, desprovista de atractivo, plantas secas y flores descoloridas no invitaban a pasar un rato en ella.

Los habitantes pasaban de largo antes que él llegara, Daniel ha puesto todo su empeño y sus conocimientos transformándola, el lugar ha florecido bajo sus cuidados y él se siente orgulloso.

No es casualidad que lleve a su hijo allí, desea que el niño admire su trabajo, que sienta orgullo por él.

Al menos por ahora, ya llegará el día en el cual el hijo descubrirá lo que oculta y probablemente se decepcione.

Pero no quiere pensar en ese momento, lo angustia sobremanera.

Desearía seguir con el ritual de los viernes, encapsular esas tardes en una burbuja mágica, para flotar por siempre en un espacio sin tiempo, ni lugar.

Sabe que eso no existe pero la imagen lo ayuda a serenarse.

Pero el tiempo pasa sin que pueda detenerlo y para Daniel es una daga invisible que corta poco a poco sintiendo que recibe una pequeña incisión cada día que pasa.

Es un dolor punzante que le recuerda que debe revelar su verdad.

Pero ¿cómo hacerlo?

Se imagina la carita de su hijito, sorprendido y desencantado de él y sigue callando.

Para mitigar su padecimiento, trabaja más horas de lo que corresponde, eso lo ayuda un poco a calmarse.

A pesar de su gran inquietud, todos los viernes a la misma hora sigue yendo a retirar libros de cuentos a la biblioteca con su hijo.

Sin él proponérselo impone una nueva costumbre, se pude ver a distintos horarios y diferentes días a los mayores leyendo libros a los niños en ahora la bella plaza.

Y entre viernes de cuentos y el cuidado de la plaza el tiempo sigue pasando y la angustia va creciendo.

Todas las noches se acuesta decidido a decirle la verdad a su hijo, pero a la mañana no puede.

Las palabras mueren antes de salir de su boca y le queda el gusto amargo de la derrota.

¿Omitir es mentir? Se pregunta.

No encuentra respuesta.

Lo único que sabe con certeza es que debe ser él, el que le diga la verdad a su hijo.

Ya está por cumplir los 6 años. En poco tiempo después del verano comenzará la escuela. Debe hacerlo antes, debe hablar antes que su hijo lo descubra por sí solo.

Nunca encuentra el momento apropiado y el dolor de la daga invisible ya se está tornando insoportable.

Ya no puede resistirlo más.

Lo llama y con la cabeza gacha por la vergüenza le dice:

-No sé leer...

El niño no entiende:

-¿Y los cuentos que me lees siempre? -

Con la voz entrecortada y la cara roja por el bochorno le explica que mira las imágenes y los inventa.

No se anima a mirarlo.

La manita de su hijo se posa sobre la suya diciéndole:

-Yo tampoco. Aprendamos juntos.

(Seud.: Albatros)